

ción del Santo; y para que le representasen y defendiesen en la contienda, nombró al Príncipe de Eboli y al Cardenal Espinosa, mostrando en ello ningún amor al regalismo cesarista, y sí muy grande á la justicia y á la Iglesia. Por parte de la Santa Sede fué designado el mismo San Francisco al efecto, quedándose por entonces apagado, aunque no extinguido, el fuego de la contienda. Del regalismo de aquellos tiempos y los nuestros se tratará después ¹.

IV.

DESPÍDESE DE DON FELIPE EL SANTO DUQUE.

La embajada extraordinaria de S. Pío V, arreglados los asuntos con la Corte de España, debió ponerse en marcha camino de Lisboa, como así lo hizo: mas antes de emprender la jornada, tuvo lugar la despedida entre el santo Jesuita y el Rey Prudente. El cual Monarca de tal modo se enterneció en el acto de la separación, que corrieron de sus ojos lágrimas abundantes, aunque parezca increíble á sus detractores. Y nótese mucho que sólo esto constituye una de las mil pruebas patentes á la gente estudiosa, de cómo poseía tan religioso Príncipe corazón humano, sensible, blando, muy delicado ². No dejó

Vida de Cervantes, enseñe otra cosa, según antes vimos, terminó muy á gusto de la prudencia, de la justicia y, por tanto, de la Iglesia, como en capítulos anteriores queda probado.

¹ «Abrazó el Rey Católico este partido por más discreto y menos ruidoso y señaló por la regalía al Príncipe de Eboli y al Cardenal Espinosa. Por el bando de la iglesia destinó el Cardenal legado solamente al P. Borja.» Cienfuegos, *ibid.*; pág. item.

² Véanse los historiadores de este Rey y contémplesese al lado del lecho de sus hijos y esposas agonizantes y difuntos, así como la correspondencia con sus hijas Doña Clara Eugenia y Doña Catalina, desde Lisboa, que ha publicado Gachard. Recibió nuestro Monarca D. Felipe golpes terribles, heridas profundas que le llegaron muy al vivo de su alma. En 3 de Octubre de 1568, vió espirar en la edad temprana de 23 años á su esposa la Reina Doña Isabel de Valois, ó de la Paz, que el Rey lloró amargamente. «Sintió su muerte Felipe, igualando el dolor

partir al humilde General sin encargarle el arreglo de varios asuntos difíciles que reclamaban hartó su grande prudencia en Lisboa. Del regio alcázar volvió á su colegio, dejando al Rey sumido en verdadera tristeza que le causaba la despedida, cosa que notaron muchos en su rostro ¹. Llamó á la celda el Santo al Marqués de Dénia, su yerno y gentil hombre de cámara, y le entregó para D. Felipe una cruz formada del mismo leño sacratísimo en que Jesucristo Dios y Hombre verdadero murió por nosotros. Con la reliquia preciosa le dió para Su Majestad una carta breve, pero admirable, que seguramente agradecerá

con el amor que la tenía,» como dejó escrito González Dávila, pág. 144 de sus *Grandezas de Madrid*. A 9 de Julio de 1574, dejó la tierra y á su padre en tristeza y llanto el Infante D. Carlos Laurencio. Falleció después, año 1578, en Madrid, 21 de Septiembre el Archiduque Wenceslao, hijo de la Emperatriz María y Maximiliano de Austria, sobrino de D. Felipe. Y en el mismo año, un mes después, 18 de Octubre, voló al Cielo el Príncipe D. Fernando, «dejando lastimado el corazón de su padre y destos reinos,» según testimonio del mismo Gil Dávila. Pues á 21 de Noviembre de 1583 acabó la vida de acá el Príncipe D. Diego. Y sin terminar este año terminó asimismo la carrera mortal la Infanta Doña María. En todos estos y otros casos, verdaderas pruebas para un padre, mostró el Rey Católico fortaleza, resignación cristiana y extraordinaria amargura.

¹ «Despidióse Borja enternecido de su dueño el Rey Católico, que no se vastó á sí mismo para reprimir el llanto y le encargó tratase con el rey de Portugal varias dependencias que pedían toda su reflexión.» *Vida... Item*; pág. 430. Llenas están las crónicas de nuestro siglo de oro con testimonios del buen corazón el Rey Prudente. «Luego á 8 del mes de Diciembre (1573) se turbó toda esta alegría con la muerte de la Princesa Doña Juana digna hermana de D. Felipe II, dignísima hija de Carlos V, y de tanto valor en su manera, como entrambos, que es cuanto puede encarecerse: murió en el aposento Real deste Monasterio; cubriónos á todos de tristeza y más á su hermano porque la amaba tanto, que no llegó su valor y entereza á poder disimular su sentimiento; no hizo menor efecto en la Reina, porque la tenía como á una madre, y llegó á tanto que la triste nueva le causó un accidente de calentura tan rezio que resultó dél una quartana. Llevaronla desde aquí con un solemnísimó acompañamiento á su monasterio de Descalzas, fundación suya tan ilustre, que es conocida y famosa en toda Europa: allí la enterraron con toda la magestad posible, aunque toda menor de lo que fué de su valor y mérito.» Sigüenza; lib. III. *Historia de la Orden de San Jerónimo*; pág. 566: Madrid, 1605.

el lector tener delante por saborearla en este lugar. Decíale así: «Señor, envío á V. Mag. una cruzcita que es partida de la misma en que por nuestro amor el Hijo de Dios muriendo, redimió el mundo. Parecióme que la mas alta de todas las reliquias me obligaba á ponerla en el mas solenne templo que ay en el mundo, qual es el que V. Mag. para gloria de Dios y de su gran martir S. Lorenzo edifica. Y que la misma cruz ayudará á llevar la que no se escusa con el peso de tantos reinos que sin el amor y favor de la cruz no se podría llevar. El pecador que embia á V. Mag. la cruz tendrá por descanso que V. Mag. le tenga por fiel capellan y siervo, que siempre suplica al Eterno Señor por la salud y acrecentamiento de V. Mag., pues se emplea todo en acrecentar la Santa iglesia para gloria del que desde el cielo la gobierna»¹.

Si fuera menester aún presentar elogios nuevos del Rey Prudente escritos por un Santo, ahí está el anterior documento, tan expresivo en el fondo y en la forma como se ha visto, compuesto por mano de aquel bienaventurado General Borja, el tercero de la Compañía de Jesús. No se podría fácilmente declarar con quanto gozo recibió Su Majestad aquella reliquia del divino madero, no sólo por su excelencia y adoración que merece, sino porque se lo regalaba como recuerdo gratísimo, S. Francisco de Borja². Lo cual aparece muy de manifiesto pasando la vista

¹ Véase *Vida*. ítem; párrafo IV, pág. 431.

² «Apreció mucho al Rey el regalo por la veneración á tan divino leño, y por venir desde el corazón de Francisco.» Ítem. *Ibid.* Ya se dijo, y no poco, en otro lugar de este libro, con cuánto afán y anhelo buscaba el Rey Prudente las reliquias de los Santos y cuán grande diligencia ponía porque se les diese lugar honroso y culto debido. Por lo cual la ciudad de Alcalá con su Universidad á la cabeza, año 1568, agradecida á D. Felipe porque les facilitó y mandó los restos venerandos de los Santos Niños, cantaba así:

«Publiquen las naciones tu valor,
Invicto Rey de España señalado.
¿Con qué te pagaremos, dí, Señor,
Este precioso dón, que nos has dado?
Hoy vienen á Alcalá Justo y Pastor,
Tesoro tanto tiempo deseado,

por la siguiente carta que en contestación dirigió Su Majestad al Santo Duque. Decíale así: «El Marqués vuestro yerno me dio aora vuestro villete y el leño de la Santa Cruz, conque he olgado, assi por la cosa tanto de estimar, y mas para quien tanto la ha menester, como vos muy bien dezis, como por venir de vuestras manos, donde no se perderá el fruto de ella. Pleague á Dios que en las mias no se pierda sino que sea para que se emplee todo en su servicio. Y aunque sé el cuidado que vos teneis siempre de pedirlo os encargo aora que lo lleveis á delante y tan particularmente como veis que es menester. Y con esto me pagareis la voluntad que siempre os he tenido y tengo»¹. Tampoco hay por qué añadir aquí palabra alguna como comentario del documento precedente; porque muy de re-

Hoy es enriquecida y adornada
De la Dracma perdida ya hallada.»

«Dichosa gente, Reino venturoso,
Que en era tan de yerro y estragada
Gozas de aquella dulce edad dorada,
De aquel antiguo tiempo tan dichoso.

Al gran Filipino, Rey mas valeroso
Que ha visto nuestra edad, ni la pasada,
Puedes con justa causa arrodillada
Agradecer tu gloria y tu reposo.

Y tú, pueblo que agora tan ufano
Con tus santos estás, al alto celo
De tu Rey atribuye esta grandeza;

Que no sólo nos da su real mano
Todo el bien y sosiego deste suelo,
Mas los bienes del Cielo y su riqueza.»

Véanse los *Opúsculos Castellanos*, de Ambrosio de Morales; tomo I, págs. 168 y 176: Madrid, 1793.

¹ Cienfuegos, *Vida*, capítulo y párrafo citados. Sucédiale al Monarca Prudente con S. Francisco lo que á todos los nobles y grandes de aquel siglo, que, por testimonio del P. Rivadeneira, contemporáneo suyo, «quedaban admirados de sus sermones, y mas los que le habían conocido seglar, casado y gran señor, y no sabían lo que había estudiado... y quedaban por una parte confusos, y por otra como pasmados de tan gran mudanza, viendo al Padre en un linaje de vida tan pobre y humilde, y á sí tan sumidos y anegados en el abismo de la vanidad...» *Obra citada*; pág. 226.

lieve se ve que si la carta del humilde religioso hijo de S. Ignacio parece desde luego escrita por el Angel de la Compañía, la de Felipe II, en el estilo y fondo muestra señaladamente y de bulto al Rey devotísimo, lleno de respeto y amor para las cosas de Dios y de su Iglesia ¹.

Mucho se ha calumniado al Rey Prudente apellidándole fanático y apocado. Sin embargo, hubo en esta despedida y correspondencia íntima entre el santo General y D. Felipe un incidente pequeño y de poca monta; pero que destruye el ser fanático que atribuyen al Prudente Monarca sus ciegos enemigos. Y fué que á pesar de recibir de manos del Marqués de Denia, yerno de S. Francisco, el susodicho Lignum Crucis, con auténtica declaratoria que procedía de sus manos, no le bastó todo esto á Su Majestad, sino que al punto mandó al dicho Marqués tornar al Colegio para suplicar al Santo testimonio suyo formal y fehaciente de la verdad de la santa reliquia. Y con efecto; trajo el Marqués el reclamado testimonio, firmado del santo General, que tranquilizó por completo al Rey D. Felipe. El cual tomándolo en la mano, lo besó piadosamente por el lugar donde estaba la firma del Santo bendito. Después añadió con cierta ternura: «este solo testimonio de el P. Francisco Borja, aunque no hubiese otra auténtica, era bastante argumento

¹ De S. Francisco de Borja, con fecha 13 de Noviembre de 1555 hace S. Ignacio su padre y en muy breves palabras cumplida apología. En la patente con que le nombra Comisario General de todas las provincias de la Península y de las Indias sujetas á España y Portugal, escribe él Santo Fundador así:... «á nuestro carísimo en Cristo hermano don Francisco de Borja, comisario de la misma compañía en los reinos de España y Portugal y de sus indias salud sempiterna en el Señor. Confiando Nos mucho en tu entereza de vida que por largo tiempo hemos probado y muy bien conocido, y en tu doctrina, y en aquella prudencia en el manejo de los negocios, y en los otros dones suyos que en ti hay....» *Cartas de S. Ignacio de Loyola; tomo VI. pág. 58 y 59.* Y cuanto amaba el Padre al hijo se ofrece en cien lugares de estas preciosas cartas y singularmente en la 742 donde le dice: «lo otro es que mucho os encargo tengáis cuenta especial con vuestra salud corporal, y no hagáis escrúpulo en acomodar vuestra persona de cualesquiera cosas que sean convenientes para ella, así en el comer, como en el vestir y demás....» *Ibid. pág. 65.*

para que yo le creyese pedazo de la cruz de Cristo» ¹. Y no era esto juzgar á ciegas y tener como infalible el testimonio del santo General; sino que se acordaba mucho de un prodigio muy portentoso que la Omnipotencia divina quiso en cierta ocasión obrar por manos del bienaventurado jesuita. Sucedió que estando perpleja la Princesa Juana sobre dar lugar en su relicario á un Lignum Crucis que le habían regalado, llegó á la sazón el P. Borja á las habitaciones de tan santa y religiosa mujer. Y como el Santo asegurase á la augusta señora de la autenticidad del sacratísimo leño, para probarle la verdad de su afirmación, lo tomó en la mano, lo estrujó entre los dedos y comenzó á manar gotas de sangre. Con lo que la Princesa quedó tan convencida como atónita ².

V.

EL P. FRANCISCO BORJA EN VALLADOLID.

Salió ya por fin de Madrid la legación pontificia y con ella el P. General de la Compañía, dejando, como se ha visto, lleno de pesadumbre al Rey Prudente, porque no sabe cuanto pierde quien se ve privado del verdadero amigo, que no suele ser ni

¹ «...Le suplicó diesse testimonio firmado de la verdad del santo Madero, y aviendo llevado el Marqués de Denia el testimonio que se pedía besó el piadoso Monarca la firma...» *Item, ibid.*

² «Acordavase (El Rey) de el portento que entre las manos de Borja avía obrado la Omnipotencia exprimiendo sangre pura á un Lignum Crucis de la Princesa, en abono de que era parte del Arbol de la vida.» Cienfuegos, Nieremberg y todos los biógrafos de S. Francisco de Borja refieren unánimemente el milagro. El P. Nieremberg tomó el caso de las actas de canonización. Véanse los libros de entrambos autores arriba citados. «Pues ¿qué diré, escribía Ribadeneira, de la devoción que tuvo á las reliquias é imágenes de los Santos?... Llegó á muy alto grado de contemplación unitiva y afectiva y en ella se regalaba y se abrasaba su espíritu y se encendía cada día más en el amor de su amado.» *Ibid.* No hay maravilla, por tanto, en que respetase D. Felipe la santidad y el juicio de varones tan amigos de Dios como era el P. Francisco.